

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 38 de ocho entregas

MADRID

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2254

CHATELAIN, J. DE. — MANUSCRIT.

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

DE LA VIDA DE LA MUJER

DE LA

ENRIQUE PEREZ ESCOBAR

EL LIBRO DE LA MUJER DE LA VIDA DE LA MUJER

DE

D. ENRIQUE PEREZ ESCOBAR

Quedando en venta en la librería de

MANUSCRITO

DE LA VIDA DE LA MUJER DE LA VIDA DE LA MUJER

DE LA VIDA DE LA MUJER DE LA VIDA DE LA MUJER

DE LA

—Lo sé, Santiago, lo sé,—añadió el general exhalando un suspiro.

Y como si el recuerdo de su hija le entristeciera, murmuró en voz baja, llevándose las manos á los ojos:

—Ella y tú, mi leal Santiago, sois los únicos seres que me amais sobre la tierra. Grande va á ser su dolor y su desesperacion cuando sepa que no volverá á ver más á su padre.

Aquí hubo una pausa. El general permaneció con el rostro oculto entre las manos, y mientras tanto las lágrimas caian gota á gota de sus ojos.

—He sido muy culpable, Santiago,—volvió á decir,—perdí toda la felicidad de mi vida por obedecer á los impulsos bastardos de la ambicion. En vano he querido demostrar á la marquesa mi arrepentimiento; en vano le he suplicado de rodillas á sus plantas el olvido y el perdon. Tú lo sabes, Santiago; pocos hombres en la tierra han purgado más terriblemente que yo sus infamias. No hay ni un solo episodio de mi vida que tú no conozcas, y yo espero que tú sabrás defenderme de las terribles acusaciones de la marquesa y de Daniel: en cuanto á mi hija, ¡oh! ese es un ángel de bondad, que me ama con ternura y está siempre dispuesto á perdonarme, á olvidar.

Y el general, agitando de un modo doloroso y triste la cabeza, añadió:

—¿De qué me han servido los títulos, los honores, la fortuna? La felicidad no existe sin la paz de la conciencia, y esa hace muchos años que huyó de mi pecho, que me abandonó, tal vez avergonzada de mí. ¿Pe-

ro qué importa la vida cuando al sacrificarla se comete un rasgo de justicia.

—¡Ah! señor, nunca el suicidio es un acto de justicia,—dijo Santiago con sentenciosa entonación.

El general fijó los ojos con marcada curiosidad en su ayuda de cámara.

—Sí, el suicidio no es más que un crimen,—añadió.

—Pero ¿olvidas que mi vida es un peligro permanente para mi hija? Todo el rencor que yo puedo inspirar á la marquesa y á Daniel quedará aplacado en cuanto se sepa mi muerte.

—Pero no quedará perdonado. ¿Qué cuenta espera usted dar á Dios, cuando después de las locuras de la juventud termine usted su vida usurpando un derecho que no le pertenece?

—Yo te ruego, Santiago, que no continúes por ese camino. Es tarde para el arrepentimiento: yo he apurado el mismo veneno que hice beber á mi irreconciliable enemigo. No queda, pues, ninguna clase de salvación; la suerte está echada, es preciso morir.

—No, señor general, no; es preciso vivir para entregarse con fe y con verdadera contrición al arrepentimiento. Es preciso vivir para aplacar la cólera celestial, practicando en el mundo verdaderas obras de caridad, que son las únicas que suben al cielo á interceder por las almas de los culpables.

—¿Pero á qué vienen esas reflexiones? Para ellas es tarde; la muerte circula por mis venas, y muy en breve se escapará de mi pecho el último suspiro.

En los labios de Santiago asomó una sonrisa que llamó la atención del general.

—¿Qué quiere decirme esa sonrisa?—preguntó don Pedro con marcada curiosidad.

—Esto quiere decir, señor general, que Santiago no es sólo una máquina que obedece ciegamente á los impulsos de su amo; que yo no soy uno de esos criados sin iniciativa propia que carecen de la facultad de pensar; de ese bello don, de ese privilegio que Dios ha concedido á los hombres á hechura suya; esto quiere decir que la obediencia de los servidores tiene un término y se detiene al llegar á él.

—No te comprendo.

—Procuraré explicarme.

—Pero pronto, muy pronto, Santiago, porque mis momentos están contados.

Por segunda vez asomó la sonrisa á los labios de Santiago, que repuso de este modo:

—Cuando el señor general me confió el pensamiento de morir matando á su enemigo, yo le creí un absurdo, y desde aquel instante me propuse á que no se realizara por completo.

—¿Cómo?...

—Un veneno debía poner fin á la vida del general Lontan y el conde de la Fe. Este veneno debía beberse mezclado en vino y apurando á un tiempo ambas copas, para inspirar de este modo confianza á quien sin querer la muerte se trataba de matar. Yo acepté el pensamiento, ofrecí secundarle; pero al señor general no se le ocurrió en aquel momento que todo veneno tiene

su antídoto, que destruye por completo sus terribles efectos.

—¡Acaba... acaba!—exclamó el general, que comenzaba á comprender lo que habia hecho Santiago.

—En la primera copa que apuraron el general Lostan y el conde de la Fe, bebieron el veneno dispuesto por el primero; y la muerte de los dos hubiera sido infalible, segura, á no haber derramado yo la suficiente cantidad de un antídoto en la segunda copa, para contrarestar en el acto los terribles efectos del veneno.

—¡Ah! ¿luego el conde vive?—exclamó el general con desesperacion.

—¿Y qué me importa á mí el conde?—contestó Santiago, encogiéndose de hombros.—Si no ha muerto, se hallará en este instante en la agonía. El antídoto lo puse solamente en la copa de mi amo, cuya vida me interesaba salvar por deber, por gratitud.

—¡Pero esto es una infamia!

—Será lo que usted quiera: yo he cumplido con mi deber; usted, general, apuró el veneno, y yo le he librado de cometer la infamia del suicidio.

—¡No, no, eso no es cierto; eso no puede ser! Pero si efectivamente me hubieras salvado de la muerte, yo, que no puedo soportar el peso de la existencia, te juro que tan pronto como me convenza de lo que acabas de decirme pondré fin á mis dias, si no con el veneno, con una pistola.

Y el general, poniéndose de pie, dirigió una mirada amenazadora en derredor suyo, exclamando:

—¡Ay! del que se oponga á mi firme resolución. La vida es un estorbo para mí.

—La vida es un deber, señor general. Sólo á Dios le es dado señalar el instante de la muerte.

—Pues bien; veamos quién podrá impedirme que yo termine con mis dias. Sígueme: vamos á la cueva. Si el conde de la Fe ha dejado de existir, es indudable que me has hecho beber un contraveneno; pero yo te juro que pondré fin á mi vida junto al cadáver de mi enemigo. Alumbra, alumbra mi paso, y ¡ay de tí si te rebelas contra mi última voluntad!

El general salió precipitadamente del gabinete.

Santiago seguia su paso alumbrándole con la lámpara que llevaba en la mano.

Cuando llegaron á la puerta de la cueva, el general se detuvo y aplicó el oído á la cerradura.

—Nada se oye,—dijo.

—Detrás de esa puerta reina el silencio de la muerte.

—Abre y entremos.

Santiago obedeció.

—¡Ay! del que se oponga á mi firme resolución.

La vida es un estorbo para mí.

—La vida es un deber, señor general. Sólo á Dios

le es dado señalar el instante de la muerte.

—Pues bien; veamos quién podrá impedirme que

yo termine con mis días. Siguenos; vamos á la cueva.

Si el conde de la Fe ha dejado de existir, es indudable

que me has hecho beber un veneno; pero yo te

juro que pondré fin á mi vida junto al cadáver de mi

enemigo. Alumbra, alumbra mi paso, y ay de ti si te

rebelas contra mi última voluntad!

Santiago

El general salió precipitadamente del gabinete.

Santiago seguía su paso alumbándole con la lám-

para que llevaba en la mano.

Cuando llegaron á la puerta de la cueva, el gene-

ral se detuvo y dijo: ¡Silencio!

Efectivamente, el silencio era profundo; nada se oía. A lo lejos, al extremo de aquella subterránea galería donde se encontraban el general y Santiago, se distinguía una vivísima claridad. Eran las antorchas y los candelabros que habían alumbrado la fúnebre cena de aquellos dos irreconciliables enemigos.

El general avanzó resueltamente, seguido siempre de su leal criado. No tardó mucho en encontrar el cadáver del conde, rígido y frío, extendido junto al ataúd.

—¡Muerto!—exclamó retrocediendo un paso y fijando con espanto los ojos en el cadáver del conde.

—¡Sí, muerto, es natural!—contestó con admirable serenidad Santiago.—El conde apuró un veneno terrible, y tenía que morir; además, su muerte es justa; ¡que Dios perdone sus culpas!

Y como el general permaneciera inmóvil y silencioso junto al exánime cuerpo del conde, Santiago añadió:

—Ahora, señor general, una vez en mi vida, desde que estoy al servicio de usted, voy á atreverme á imponer condiciones, y juro ante el cadáver del conde de la Fe, enemigo irreconciliable de mi amo el general Lostan, cumplir la amenaza que va á brotar de mis labios.

El general no podía explicarse las palabras que acababa de pronunciar su ayuda de cámara. Aquel hombre tan leal, tan dispuesto siempre á sacrificar la vida por él, parecía como que se rebelaba en aquel trance funesto.

—Yo he salvado la vida de usted, porque yo no quiero que el general Lostan muera cometiendo un crimen consigo mismo. En buena hora que este réprobo,—añadió señalando el cadáver del conde,—que ese hombre rencoroso y vengativo, que era una continua amenaza para usted y la señorita Clotilde, deje de existir, y muerda la tierra olvidado de Dios y de los hombres. ¿Qué me importa á mí el conde de la Fe? Nada, ningún lazo me une con él; le odiaba con todo mi corazón, porque hace muchos años se complacía en atormentar al hombre á quien más amo y respeto en el mundo, al general Lostan.

—Pero... ¿te has vuelto loco, Santiago? No comprendo lo que estás diciendo!

—Yo me explicaré, señor, yo me explicaré. Nos hemos librado de un enemigo que sabía nuestro secreto; de un enemigo terrible, que podía llenarnos de ver-

guenza y oprobio, y usted vivirá, porque yo quiero que viva; pero si desoyendo mis súplicas atentara contra su vida, si libre de las influencias perniciosas del veneno llevara usted a cabo el suicidio, oiga usted bien mis palabras, señor: si usted se mata, una hora después revelaré a todo el que quiera escucharme el secreto causa de tantas angustias y penalidades.

—¡Tú revelar mi secreto! ¡tú cubrirme de vergüenza y oprobio!

—¡Yo, señor!

—Imposible, Santiago, no puedo creerlo. Eso no es más que una amenaza para hacerme desistir de mi resolución.

—Una amenaza que cumpliré, señor, que cumpliré, porque yo no quiero que usted muera.

—¿Pero no comprendes que la marquesa me odia, que es imposible que continuemos viviendo como hasta aquí?

—Pues bien, señor; hay un medio que puede arreglarlo todo.

—No hay otro que la muerte.

—No, no, es preciso vivir, vivir y esperar.

—No te comprendo: ¿cómo quieres tú que yo permanezca al lado de mi esposa que me aborrece, junto a mi hija que me mira con cierta prevención? Bastante he sufrido en esta vida. Deja, pues, que rompa los lazos que unen al alma con la materia; déjame terminar de una vez mis sufrimientos.

—General, la señorita Clotilde ama a usted con toda su alma; muchas lágrimas ha derramado desde el

dieron que supo que Daniel era su hermano. No añadida usted á las amarguras de ese ángel el gran dolor de llorar á un padre suicida, no arroje usted sobre la purísima frente de su hija la mancha sombría de su crimen.

El general se estremeció. Aquellas palabras levantaban un eco en su corazón.

Llevóse la mano á la frente, sintió que su espíritu vacilaba, y un suspiro se escapó de su pecho.

—Pero, desgraciado,—exclamó, como recurriendo al último resto de energía,—¿no comprendes que estoy cansado de mi existencia? ¿no sabes que la vida es para mí una carga insostenible? Deja, pues, que termine. Además, Clotilde ignorará mucho tiempo mi muerte, porque yo en la carta de despedida que la dirijo solo la digo que no volveremos á vernos nunca.

—¿Y cree usted, general, que es preferible una incertidumbre eterna, una vida sin fin, á saber la realidad de una desgracia. La señorita Clotilde leería una y mil veces la carta de despedida, sin poderse explicar nunca tan extraña resolución; esperaría á su padre en vano, sin que su padre volviera nunca. No, no, es preciso romper esa carta y escribir otra; es preciso decirle: «Hija mía, yo sigo amándote siempre, yo no te olvidaré nunca; pero un deber imperioso, tan imperioso y grande como el amor que te tengo, me obliga á separarme de tí. No sé el tiempo que tardaré en volver; pero en cualquier parte del mundo donde se detenga mi planta, tú serás mi único pensamiento. Conozco que es una crueldad no decirte adónde se detendrá mi fatiga-

do cuerpo; confía y espera: revístete de resignación, y vive con tu madre, ya que yo por mis culpas no puedo hacer lo mismo.

Santiago se detuvo. El general le había escuchado inmóvil, como enclavado en la tierra: su frente, en otro tiempo tan altiva y serena, se inclinaba pesada sobre el pecho, y allí con el espíritu vacilante, el corazón intranquilo, permaneció algunos minutos mirando fijamente al cadáver del conde.

—Yo, si usted lo ordena, me quedaré en Madrid para darle cuenta de todo cuanto aquí suceda; pero no quisiera separarme de usted.

El general continuaba inmóvil y mudo. Santiago fijó en él una mirada llena de interés, y repuso:

—A la otra parte del Océano, existe un país muy lejos de España, en donde los hombres prueban su valor con frecuentes guerras; allí iremos, general, allí, á recordar nuestra vida de soldados, y si la muerte viene á sorprendernos en medio del combate, bien venida sea.

Y Santiago, sonriéndose de un modo triste, volvió á decir:

—Porque yo supongo, general, que usted me permitirá que yo le acompañe. ¿Qué diablos quiere usted que haga en Madrid Santiago, marchándose á América su amo?

—Pero en el caso en que yo me decidiese á aceptar tus proposiciones, —contestó don Pedro, —si tú vienes conmigo, ¿quién velará por mi hija? ¿quién me dará

cuenta de su vida? ¿á quién buscaría para que desempeñase con lealtad mis últimos encargos?

—Es verdad, yo, durante la larga ausencia de usted, puedo hacer falta en Madrid; pero lo confieso, señor, será muy doloroso que nos separemos.

—No, no; mi primer pensamiento es el único que debo llevar á cabo. Véte, déjame, y dentro de una hora vuelve á este sitio para cumplir una obra de misericordia, para enterrar el cadáver del conde y el mio. Quiero que nuestros cuerpos descansen juntos en la misma fosa, quiero poner fin á esta vida que me abruma.

—General,—añadió con resolución Santiago,—yo sólo soy un criado, un leal servidor que debe obedecer ciegamente las órdenes de su amo. Puede usted, pues, terminar su vida; usurparle á Dios unos derechos que él solo posee, y cometer la infamia, el crimen de un suicidio. Ahí en esa panoplia hay armas suficientes para matarse; pero yo juro por la memoria de mis padres y por el cariño que á usted profeso, que si usted se da la muerte, revelaré, haré pública la historia de la infortunada Angela.

—¿Pero te has propuesto desesperarme?

—Queda un camino.

—¿Cuál?

—Que usted me mate antes á mí; los muertos no hablan.

—Véte, déjame solo.

—Esta bien, señor, obedezco.

Y Santiago, saludando respetuosamente, desapareció por una de las galerías de la cueva, ocultándose de-

trás de la ancha y negra cortina, desde donde podía ver al general sin ser visto.

—¡Ah!—se dijo hablando consigo mismo, —yo me he propuesto que viva, y vivirá. En el mismo instante que le vea atentar contra su vida saldré para arrancarle el arma de la mano, para luchar con él á brazo partido, porque yo no quiero, no quiero que muera.

General, —añadió con resolución Santiago, —yo sólo soy un criado, un leal servidor que debe obedecer ciegamente las órdenes de su amo. Pueden ustedes, pues, terminar su vida; usurparle á Dios unos derechos que él solo posee, y cometer la infamia, el crimen de unicidio. Ahí en esa bandola hay armas suficientes para matarse; pero yo juro por la memoria de mis padres y por el cariño que á usted profeso, que si usted se da la muerte, revelaré, haré pública la historia de la infamia.

—Pero te has propuesto desahogarme? —
—Queda un camino.
—¿Cuál?
—Que usted me mate antes á mí; los muertos no hablan.
—Vete, déjame solo.
—Esta bien, señor, obedezco.
Y Santiago, saliendo respetuosamente, desapareció por una de las galerías de la cueva, ocultándose de

Y como si en aquel instante nuevos pensamientos se apoderaban de su mente, añadió cambiando de tono:

—Pero es bastante el silencio de ese cadáver para vivir tranquilos; no llevo yo un juez dentro de mí mismo; no me habla sin cesar la conciencia; no me atormenta al testar toda la vergüenza de mi

CAPÍTULO VII

Y sonriéndose de un modo inexplicable, continuó: —¿Dónde existe el bálsamo consolador del olvido?

—¿Quién puede borrar de su memoria el portacoso y el crimen? ¿Dónde importa que los hombres ignoren sus crímenes y estrechen con respeto y veneración la mano del criminal, cuando Dios lo sabe y lo lleva uno en la conciencia?

El general Lohan permaneció algunos momentos inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el cadáver del conde.

—Aquel cadáver parecía atraerle, le tenía sujeto en aquel sitio.

De pronto el general hizo un brusco movimiento con todo su cuerpo, dirigió una mirada en derredor suyo, y sonriéndose de un modo melancólico, murmuró en voz baja:

—Estoy solo, solo con la muerte. Ah! por fin el conde de la Fe no es ya un peligro para el general Lohan, una amenaza para Clotilde. La lucha ha terminado con la muerte, y ese cadáver frío, rígido, repugnante, es la más sólida garantía de mi honra, de mi buen nombre, de mi reputación.

Y como si en aquel instante nuevos pensamientos se apoderaran de su mente, añadió cambiando de entonación:

—¿Pero es bastante el silencio de ese cadáver para vivir tranquilo? ¿no llevo yo un juez dentro de mí mismo? ¿no me habla sin cesar la conciencia? ¿no me arroja al rostro todas las noches la vergüenza de mi crimen?

Y sonriéndose de un modo inexplicable, continuó:

—¿Dónde existe el bálsamo consolador del olvido? ¿quién puede borrar de su memoria el borrascoso ayer? ¿qué importa que los hombres ignoren sus crímenes y estrechen con respeto y veneración la mano del criminal, cuando Dios lo sabe y lo lleva uno en la conciencia?

El general se detuvo, y después de un instante de meditación, volvió a decirse:

—Dicen que un juez inapelable espera nuestras almas á la puerta de la eternidad para juzgarlas. Este juez, ni necesita testigos, ni dirige preguntas á los criminales. Como nada ignora, como lo sabe todo con la claridad innegable de la luz, pronuncia la sentencia sin apelación, que todos acatan con la frente inclinada y la mansedumbre del miedo en el semblante.

El general se llevó la mano al corazón, como si hubiese sentido en él un agudo dolor.

Desde el momento en que el hombre preocupa su imaginación con las reflexiones, desde el instante en que piensa y discurre, la idea del suicidio comienza á desvanecerse; porque en todo suicida hay un momento

de vértigo, de locura, y ¡aquel momento, ¡aprovechado por el génio del mal, pone el arma en su mano y le impulsa á cometer el crimen.

El general volvió á decirse:

—La existencia llega á veces á hacerse insoportable. Pero ¿no podría ser un mérito para Dios sufrir el peso de esa existencia que se aborrece, y dedicar todas las horas de la vida á actos de verdadero arrepentimiento, á generosos rasgos de caridad? El mundo desgraciadamente no es otra cosa que un valle de lágrimas. ¿No puedo yo dedicarme á enjugar las lágrimas de todo el desgraciado que encuentre ante mi paso? Esto sería una obra meritoria, que Dios indudablemente tendría en cuenta en el triste instante de mi muerte.

Y como si se arrepintiera de aquellas reflexiones, hizo un brusco movimiento, se oscureció la luz de sus ojos, y después de exhalar un suspiro y llevarse la mano á la frente, murmuró en voz baja:

—No, no, yo no tendré valor para vivir. He asesinado á ese hombre, porque al hacerle apurar un veneno tenía la completa seguridad de que yo lo apuraba también, y además de mis culpas pasadas, tendría hoy sobre mi conciencia la muerte del conde de la Fe. Estoy resuelto; es preciso acabar.

Y el general, abandonando aquel sitio, donde parecía hallarse enclavado, se dirigió hacia la panoplia y se apoderó de una de las pistolas.

Entonces recordó que aquellas armas no estaban cargadas, y la arrojó con furia sobre la mesa, porque nada tan fácil como levantarse la tapa de los sesos con

un arma de fuego; pero suicidarse con un arma blanca es más difícil, más violento, más doloroso.

Una circunstancia particular distrajo al general Lostan. Al arrojar la pistola con fuerza se quedó mirándola, y creyó ver un objeto blanco que asomaba por la boca del cañón.

Entonces la curiosidad le hizo volver á coger el arma.

—¿Qué es esto?—se dijo, examinando el cañón y extrayendo de él el papel rollado que poco antes había introducido el conde de la Fe.

El general lo desdobló con marcado interés, y al ver que estaba escrito se acercó á uno de los candelabros para leerlo. Entonces no pudo contener un grito.

—¡Ah!—exclamó.—¡Verdaderamente esto es providencial! El conde de la Fe me demuestra su odio hasta en el mismo instante de la muerte. Su último suspiro se ha escapado de su pecho envuelto con la idea de la venganza.

Y levantando la voz, añadió:

—¡Santiago! ¡Santiago!

El ayuda de cámara, que á pesar de las órdenes de su señor no había abandonado la cueva, y que no le perdía de vista resuelto á evitar un crimen, apareció inmediatamente en la cueva.

—¿Qué ocurre, señor?

—Ocurre que tengo en mis manos la última prueba de la perversidad de ese hombre que yace sin vida á nuestros piés; ocurre que el conde de la Fe, al abandonar el mundo, ha muerto como un réprobo, olvidan-

do á Dios y acariciando la idea de una venganza. Mi irreconciliable enemigo ha empleado los últimos instantes de su existencia, no en pedir á Dios perdon por sus culpas, sino en hacer una denuncia de las mias, con la esperanza sin duda de que este papel llegase á las manos de quien me pudiera denunciar. Escucha, Santiago, y comprenderás que bien muerto está el muerto.

Y el general comenzó á leer en voz alta, pero trémula y conmovida, lo que sigue:

«Yo, Fernando Ramiro de Almenara y Alvarez, conde de la Fe, declaro en este instante solemne de mi muerte, que el general don Pedro de Lostan, marqués del Rádio, es un miserable, que ocultando sus crímenes y sus infamias bajo el falso oropel de sus títulos y condecoraciones, hace muchos años vive engañando á la sociedad y esquivando el rigor de la justicia, porque el sitio que segun la ley corresponde á dicho general es el del presidiario, y los adornos de su cuerpo la cadena y las esposas de los penados de Africa.

»Casado con dos mujeres, con la infeliz y virtuosa Angela Cantero, á quien ha sacrificado inhumanamente, y con doña Beatriz de Esquivel, marquesa del Rádio, que despues de elevarle á la alta é inmerecida posicion que hoy ocupa, la ha convertido en una víctima infeliz de su ambicion; temeroso de que yo, poseedor de su secreto, le denuncie á los tribunales, me ha invitado á un almuerzo en el campo, en donde me ha hecho apurar un veneno, que dentro de pocos instantes terminará mi vida.

»Muero, pues, envenenado por el general Lostan,

marqués del Rádio, en una cueva de su casa de campo de Chamartin, donde indudablemente se enterrará mi cadáver. Veo á mi lado el tétrico ataúd que ha de encerrar mi cuerpo, y muy cerca el hoyo que se ha abierto para que trague mi cadáver.

»El general Lostan ha meditado este crimen con una crueldad, con un refinamiento espantoso.

»Quien quiera que sea el que encuentre esta mi declaracion, hecha en presencia de Dios y de la muerte, si me venga, si hace que la justicia caiga con todo rigor sobre la cabeza del culpable, del asesino, del infame general Lostan, yo le nombro mi heredero universal, y espero que los hombres respeten esta mi última voluntad.

»EL CONDE DE LA FE.»

Al terminar la lectura de esta terrible declaracion, el general y Santiago se quedaron mirándose durante algunos segundos. Despues de esta ligera pausa, Santiago, en cuyo rostro se notaba una gran palidez, murmuró en voz baja:

—Suerte y no poca ha sido, señor, que la casualidad haya puesto en manos de usted esa terrible denuncia.

—Sí, dices bien; ha sido una gran fortuna para mí; pero es preciso obrar con mucha prudencia, es preciso registrar minuciosamente toda la cueva. ¿Quién sabe!... Tal vez no sea esta la única copia de mi terrible declaracion.

—He concebido las mismas sospechas que usted.

—El conde ha probado hasta sus últimos momentos el odio de muerte que por mí sentía. Busquemos, Santiago, busquemos con detenimiento, porque me horrorizo; me espanta la idea de que un papel de esta naturaleza cayera en otras manos que no fueran las nuestras.

Y el general, diciendo esto, quemó á la luz de una bujía aquella terrible declaracion, que tanto le espantaba; y al ver convertirse en cenizas hasta la última partícula de papel, exhaló un suspiro como si se hubiese quitado un gran peso del corazon.

El general y Santiago comenzaron á buscar con gran detenimiento, encontrando otra declaracion exactamente igual en el cañon de la segunda pistola.

No se habian engañado al sospechar que el conde habia hecho más de una copia de aquel escrito.

El general la quemó como la primera, y volvieron luego con más afan, con más detenimiento á continuar su registro.

Se rompieron una por una todas las botellas, se registró con gran cuidado el cuerpo del cadáver, los candelabros; todo, en fin, lo que podia inspirarles recelos.

En esta operacion emplearon más de dos horas.

El general y el ayuda de cámara trabajaban con febril ansiedad.

Mientras tanto, el insepulto cadáver del conde permanecia allí, testigo mudo de las afanosas investigaciones de sus asesinos. Su rostro lívido, sus lábios contraídos, sus ojos abiertos, hundidos y brillantes aún

por la contracción de la muerte, más de una vez causaron un estremecimiento de repugnancia al general, porque aquel cadáver parecía sonreírse de su pánico. —Creo que no habrá hecho más que dos copias, — murmuró el general.

—Yo creo lo mismo también, porque no ha tenido tiempo para hacer muchas más.

—Sí, sí; no habrá hecho más, — añadió el general exhallando un suspiro y limpiándose el copioso sudor que inundaba su frente. —Vamos, Santiago, vamos, terminemos. Enterremos al cadáver; salgamos pronto de esta horrible cueva. Tengo necesidad de respirar el aire libre.

lencia tocar á ese hombre. Parece que aun después de muerto se sonríe de un modo sarcástico...

—Las muertes, señor general, lo concluyen todo. Pero voy á cumplir con el último deber, dando tierra á este cadáver.

El general Hostan se dejó caer en una de las sillas, y se cubrió el rostro con las manos.

Mientras tanto, colocó el cadáver dentro del ataúd, clavó la tapa, y atracólo dolo hasta la fosa abierta, depositó en el hoyo la caja, cubriéndole de tierra con un azadón.

Durante esta farsa, que tuvo la duración de unos treinta minutos, el general Hostan pronunció con una palabra.

El ayudo de cámara, después de enterar el cadáver, espació por la galería de la cueva la tierra so-

Santiago observó que el general comenzaba á perder la serenidad, el valor: el sudor brotaba con abundancia de su frente; su cuerpo se estremecía, dirigiendo en derredor de sí miradas vagas y recelosas.

Era indudable que la idea del suicidio se había desvanecido en su cabeza.

—Acabemos, acabemos pronto,—volvió á decir el general.

Y haciendo un esfuerzo violento, se acercó al cadáver del conde.

—¡Bah! general; si á usted le violentan estas cosas, yo me basto y me sobro para enterrar el cadáver del señor conde de la Fe.

—Pues bien, Santiago: lo confieso, me causa vio-

lencia tocar á ese hombre. Parece que aun despues de muerto se sonrie de un modo sarcástico...

—La muerte, señor general, lo concluye todo. Pero voy á cumplir con el último deber, dando tierra á este cadáver.

El general Lostan se dejó caer en una de las sillas, y se cubrió el rostro con las manos.

Mientras tanto, Santiago, sereno y activo, colocó el cadáver dentro del ataúd, clavó la tapa, y arrastrándolo hasta la fosa abierta, depositó en el hoyo la caja, cubriéndole de tierra con un azadon.

Durante esta faena, que tuvo la duracion de unos treinta minutos, ni el general ni Santiago pronunciaron una palabra.

El ayuda de cámara, despues de enterrar el cadáver, esparció por la galería de la cueva la tierra sobrante, procurando dejar el terreno lo más disimuladamente posible.

El trabajo habia sido improbo, pesado. El sudor inundaba la frente de Santiago, que al ver terminada su faena arrojó el azadon, y limpiándose el rostro con un pañuelo, dijo:

—Aquí ya nada tenemos que hacer, general, si se exceptúa recoger el servicio de la mesa y las armas de panoplia; pero esa es cuestion mia.

—Sí, sí, salgamos de aquí,—añadió el general, dirigiéndose precipitadamente hácia la puerta de la cueva.

Santiago le siguió.

Algunos momentos despues, ambos se encontraban

en una habitación de la quinta, situada en el piso bajo.

El general al llegar allí se había dejado caer en una butaca, y permanecía profundamente abismado en sus reflexiones.

Santiago, de pié, inmóvil, á corta distancia de su amo, no se atrevía á interrumpirle.

En aquella habitación no se oía otro ruido que el pausado y monótono tic-tac de un antiguo péndulo que colgaba de una de las paredes.

La luz de una lámpara alumbraba la sala.

Serian aproximadamente las nueve de la noche.

Por fin, Santiago interrumpió aquel silencio de esta manera:

—Señor, el tiempo pasa, y no debemos desperdiciarle. Acaban de dar las nueve, y es preciso que esta noche cunda por Madrid la noticia de que han desaparecido el conde de la Fe y el general Lostan.

Don Pedro se hallaba en una de esas situaciones en que el ánimo acobardado coarta las facultades intelectuales y se apodera de nuestro espíritu la irresolución.

El general se sentía tan preocupado, que no sabía qué resolución tomar.

Así lo comprendió Santiago, y deseando ayudar á su amo con sus consejos, repuso de esta manera:

—Señor, mi plan es el siguiente; voy á exponerlo, y luego usted decidirá.

—Sí, habla Santiago, habla, porque mi cerebro arde, se halla impotente para pensar.

—Ante todo, será conveniente para desorientar á la justicia, que esta noche se encuentren en las calles de Madrid sin sus ginetes los caballos del conde de la Fe y el general Lostan. Durante algunos dias la policía se ocupará en buscar muertos ó vivos á ustedes, y cansados de la inutilidad de sus pesquisas, poco á poco darán al olvido la extraña aventura.

—Pero y si á fuerza de investigaciones descubren...

Sólo yo podria revelarles la verdad, y creo que el señor general no me hará el agravio de dudar de mí.

—¡Oh! nunca.

—Dejemos, pues, á un lado esos temores, para ocuparnos de usted, general.

—Ya lo sabes, Santiago; yo soy un obstáculo para la felicidad de mi familia. Deseaba poner término á mi vida, porque la vida me cansa, y tú te opones á ello. En la situacion en que me encuentro, yo no puedo permanecer en Madrid, porque temo que mi hija adivine en mi rostro el crimen que he cometido esta noche. Debo por consiguiente partir y llorar mis culpas en país extranjero.

—Perfectamente, señor; estamos conformes, y quién sabe si con el tiempo podremos decir á la señorita Clotilde: «su padre de usted vive, y es digno de que usted y Daniel le amen con todo su corazon.» Créame usted, general, ese dia puede llegar, y es preciso esperarle con fe y resignacion. El enemigo terrible ha desaparecido. La conducta del conde mereció la muerte. Animo y esperanza.

—¡Ah, dichoso día! feliz momento aquel en que yo pueda estrechar contra mi pecho á mis hijos, y oiga de sus labios palabras de consuelo y de cariño; ¡porque tú no puedes comprender, amigo Santiago, la lucha gigante que mantengo conmigo mismo. El recuerdo de Angela me persige por todas partes, turba mi sueño, mata mi felicidad! he sido su verdugo, y yo no puedo consolarme nunca de las lágrimas que la he hecho derramar. ¿Cómo, pues, quieres que no dude que para mí llegue ese día de la soñada felicidad?

—Ese día llegará, general.

—No, Santiago, no llegará nunca,—repuso don Pedro, inclinando la frente sobre el pecho;—no llegará nunca, porque Daniel no puede olvidar jamás que yo he sido el verdugo de su infeliz madre, y que ahogando la voz de la sangre, el grito de la naturaleza, le he arrojado ignominiosamente de mi casa, en vez de abrirle los brazos con cariño y decirle «yo soy tu padre.»

—La conducta de usted, general, fué hija de las circunstancias, no de la maldad del corazón. Es preciso esperar y tener fe; es preciso demostrar que el arrepentimiento es verdadero. Yo conozco que Daniel siente heridas de muerte sus afecciones de hijo; que no puede borrar tan fácilmente de su memoria el abandono y olvido en que se tuvo á su madre; pero ¿puede usted dudar nunca de la ternura, del cariño filial de la señorita Clotilde? ¡Ah! eso sería hacerla una ofensa, señor.

—¡Clotilde!—repitió el general.—Sí, ella me ama,

y tengo la seguridad de que perdona todas mis culpas. Alma generosa, corazón sensible, tengo la seguridad de que compartiría conmigo todas las amarguras, todas las penalidades con la sonrisa en los labios.

—Pues bien; por ella es preciso vivir, general, es preciso esperar y evitarla el gran dolor de que un día, presa de terribles desesperaciones, exclame: «soy la hija de un suicida; mi padre ha arrojado sobre la inmaculada pureza de mi frente una mancha más.»

El general se estremeció con horror.

Las palabras que acababa de pronunciar su leal criado, le causaron un gran efecto.

—Sí, sí, tienes razón, Santiago; es preciso vivir, es preciso esperar. Iré lejos de España á llorar mis culpas y á pensar en mis hijos. Tú mientras tanto permanece-rás al lado de Clotilde, escribiéndome con frecuencia si ella se acuerda de su padre; porque yo necesito una persona que me dé fuerza para sufrir mi horrible martirio. Mañana en el primer tren abandonaré á Madrid. Tú solo sabrás mi paradero. Habré muerto para todo el mundo ménos para tí, porque ni aun mi hija debe saber el sitio donde se detiene mi planta. Las cartas de despedida que te dejé de nada sirven, puesto que yo no he terminado mis días como pensaba. Disponlo todo para mi viaje, mientras yo escribo á mis hijos y á mi esposa. Me basta que arregles una maleta con alguna ropa. Viajaré con un nombre supuesto, y como pueda hacerlo un modesto ciudadano. A prevención llevo algunos miles de duros en mi cartera: con ellos espero vivir modestamente. No perdamos el tiempo,

Santiago; ya te lo he dicho, quiero partir en el primer tren.

El general se sentó cerca de una mesa, y se puso á escribir.

Santiago salió de la habitación á obedecer las órdenes de su amo.

CAPÍTULO IX

Las iniciales

CAPÍTULO IX

Las iniciales

Aquella misma noche, á eso de las once, dos caballos sin ginete, dos preciosos animales, subian desbocados por la calle de Alcalá en direccion á la Puerta del Sol; y como en España son tan propensas las jaranas, no faltaron carreras, transmitiéndose el miedo de un modo eléctrico hasta la plaza de Palacio.

Algunos vecinos se asomaron á los balcones y á las puertas, creyéndose que aquello era el principio de un motin popular, y no faltó quien mandase por comestibles á la tienda inmediata, preparándose por si se levantaban barricadas y se veia precisado á tener la casa por cárcel durante algunos dias.

Los españoles somos gente de buen humor, enemigos siempre de todo gobierno constituido, sin duda

por que no hemos tenido nunca un gobierno que sea bueno.

Aquí todos son peores; el verdadero patriotismo anda por las nubes, y la política por el fango.

Así es que cuando trascurren seis dias sin carreritas y bullangas, se apodera de nosotros la nostalgia de las barricadas.

Decia un aleman, hombre de entendimiento, que los que peor hablaban de España eran los políticos españoles.

Y efectivamente, oir hablar de nuestro país á un bando político caído, lo empequeñece hasta tal punto, que muchos hombres de bien que no se mezclan en la cosa pública, llegan á derramar lágrimas y á perder el apetito.

Antes España era altiva, varonil, se sentia orgullosa de su feroz independencia, no permitiendo que nadie se inmiscuase en sus asuntos. Y hoy desgraciadamente, como si aquellos descendientes de Lepanto, de Trafalgar, de Pavía, de San Quintín y de Bailén hubieran perdido su varonil empuje, no se atreven á *levantar el gallo*, como vulgarmente se dice, ni aun delante de un embajador de esas republiquillas que cuentan por único ejército con veinte soldados y un cabo.

Hoy existen en España pocos alcaldes, que, como el de Móstoles, declaren la guerra al gran Napoleón con gran solemnidad y á voz de pregonero.

Los españoles no quieren reñir con nadie sino con ellos mismos, en cuya lucha fratricida emplean un va-

lor tan salvaje, tan feroz, que asombrarian á los hijos del macabeo Matatías si se levantara de su tumba para presenciar nuestras luchas.

Pero dejando estas reflexiones, que nada importan á la narracion del presente libro, diremos que los dos caballos desbocados que con la velocidad del rayo cruzaron por la calle de Alcalá, produjeron sustos, sobresaltos, carreras, y todo lo que es consiguiente á los vecinos de una gran capital, acostumbrada á vivir siempre con el alma en un hilo.

Afortunadamente, no todos tuvieron miedo á aquellas dos bestias desbocadas, y lograron detenerlas á la entrada de la calle del Arenal.

Entonces un gran corro de curiosos rodeó á los caballos. Eran, efectivamente, dos preciosos animales: los sillines de piel de gamuza, las ricas cabezadas con adornos de plata, daban á entender que pertenecian, como vulgarmente se dice, á una casa grande.

Cuando tiene lugar un acontecimiento de este género, siempre hay uno de los espectadores que es más analítico que los demás; y efectivamente, uno observó que en los botones de plata de las cabezadas se hallaban estas iniciales: C. de F. en uno de los caballos, y en el otro M. de R.

Era indudable que aquellas iniciales pertenecian á los dueños de los caballos, y despues de hablar mucho sobre de quién serian ó de quién no serian, los agentes de la autoridad creyeron muy del caso llevarlos al Gobierno civil y comenzar la indagacion del paradero de los ginetes.

Así lo hicieron, y volvió á establecerse la tranquilidad en la villa del oso y el madroño.

El caso era extraño y grave.

Aquellos dos caballos debían tener dueño.

La policía tomó cartas en el asunto y comenzaron las averiguaciones.

Por dos pequeñas coronas de relieve colocadas encima de las iniciales, se dedujo que pertenecían á la nobleza.

Quesada, el jefe de policía á quien recordarán nuestros lectores, despidió en todas direcciones á sus sabuesos y esperó el resultado en su despacho.

A las tres de la mañana sabía perfectamente la procedencia de los dos caballos.

Quesada entró á ver á su jefe el gobernador.

—Señor gobernador, —le dijo, —ya sabemos de quién son los caballos; pero mucho me temo no se haya cometido ayer un crimen en las cercanías de Madrid.

—Eso sería más grave.

—Ya lo creo. Espero descubrir pronto la verdad de este hecho extraordinario.

—¿Y á quién pertenecen los caballos? —preguntó el gobernador.

—Uno al general Lostan.

—¿Al marqués del Rádio?

—Sí; el que lleva las iniciales M. de R. El otro, es decir, la yegua árabe, es de la propiedad del señor conde de la Fe.

—¿Y ha visto usted á esos señores?

—Aquí entra lo grave, señor gobernador,—dijo Quesada.—El conde de la Fe y el general Lostan salieron de casa del primero amigablemente á las tres de la tarde. Los caballos han parecido; los ginetes no se encuentran.

—¡Cómo!

—Que no han regresado aún á sus casas, lo cual me hace temer les haya sucedido alguna desgracia.

—¿Pero ha notado usted algo en los caballos ó en las monturas que pueda indicar algun crimen?

—Nada absolutamente, si se exceptúan las bridas rotas, que puede ser efecto de la carrera. El apoderado general del señor conde de la Fe, con quien he hablado, me dijo que su amo y el general Lostan salieron juntos en direccion á Chamartin, adonde, segun parece, pensaban comer en la quinta del marqués del Rádío; que despues de esto nada más ha sabido.

—Supongo que se habrá usted enterado de si esos dos señores llegaron á Chamartin, porque pudieran muy bien haberse escapado los caballos, y estar ellos tranquilamente en la quinta.

—Sí, he mandado un hombre de mi confianza, y el conserje de la quinta de Chamartin, única persona que vive en ella, le ha dicho que no ha visto á esos señores por allí.

—Pues bien, señor Quesada; comprendo que el caso, como usted ha dicho antes, es grave, y espero que no lo dejará de la mano.

—¡Oh! tengo un vivo interés en descubrir la verdad de este misterio, y á pesar de la hora, he pedido un car-

ruaje para trasladarme yo mismo á Chamartín, para recorrer todas las cercanías de Madrid, pues deseo encontrar el primer rastro que nos conduzca al descubrimiento de la verdad.

—En usted confío.

Quesada y el gobernador se separaron.

El jefe de la policía secreta se dirigió de nuevo á su despacho, donde le esperaban algunos agentes de los de mayor confianza para él.

—Señores,—les dijo,—es indudable que se ha cometido un crimen en las cercanías de Madrid, y puesto que todas nuestras pesquisas han sido vanas para encontrar á esos señores que buscamos, muertos ó vivos, es de suponer que alguna partida de ladrones los ha secuestrado, pidiéndoles por su rescate algunos miles de duros. El gobierno nos paga para que persigamos á los criminales y á los perturbadores del orden; confío, pues, que todos ustedes cumplan con su deber descubriendo á los culpables, si los hay en este asunto. Nada más tengo que decir á ustedes. El general Lostan y el conde de la Fe son dos personas bastante conocidas en Madrid. Si la policía no los encuentra vivos ó muertos, caerá sobre ella una gran vergüenza. Ya saben ustedes lo que cada uno debe hacer. Pueden ustedes retirarse.

Luego Quesada llamó á un ordenanza, hombre que le acompañaba siempre en las expediciones arriesgadas, por su gran valor y hercúlea fuerza.

Se metió un revolver en el bolsillo del pecho de su gaban, y dijo:

—¿Está el coche?

—Sí, señor,—contestó el ordenanza.

—Entonces vamos á dar un paseo, porque esta noche nos ha caído un poco de trabajo.

Y el jefe de la policía secreta salió de su despacho seguido de su ordenanza.

Quesada y el gobernador El jefe de la policía secreta se dirigió de nuevo á su despacho, donde le esperaban algunos agentes de los de mayor confianza para él.

—Señores,—les dijo,—es indudable que se ha cometido un crimen en las cercanías de Madrid, y puesto que todas nuestras pesquisas han sido vanas para encontrar á esos señores que buscamos, muertos ó vivos, es de suponer que alguna partida de ladrones los ha secuestrado, pidiéndoles por su rescate algunos miles de duros. El Gobierno nos paga para que persigamos á los criminales y á los perturbadores del orden; confío, pues, que todos ustedes cumplirán con su deber desentendiéndose de los culpables, si los hay en este asunto. Nada más tengo que decir á ustedes. El general Lontan y el conde de la Fe son dos personas bastante conocidas en Madrid. Si la policía no los encuentra vivos ó muertos, caerá sobre ella una gran vergüenza. Ya saben ustedes lo que cada uno debe hacer. Pueden ustedes retirarse.

Luego Quesada llamó á un ordenanza, hombre que le acompañaba siempre en las expediciones arriesgadas, por su gran valor y hercúlea fuerza. Se metió un revólver en el bolsillo del pecho de su gabán, y dijo:

de la marquesa del Ródio con las manos cruzadas á la espalda y el rostro taciturno y meditabundo. Aquel hombre podía decirlo todo, porque nada ignoraba; pero antes se hubiera arrancado mil vidas que revelar la verdad sin la autorización de su amo. Este hombre era Santiago, el ayuda de cámara del general.

CAPÍTULO X

Un pobre anciano, llamado Jimenez, un verdadero hombre de bien, administrador de las rentas de la señora marquesa del Ródio, entró en la antesala, y viendo al ayuda de cámara del general, se dirigió hacia él y le dijo:

La carta

—¿Supongo que usted no ignora lo que ocurre, señor Santiago? —Quiera usted hablarme de la desaparición del general? —Por fin, ¿no es así?

Al día siguiente, la mayor parte de los periódicos de Madrid referían el misterioso acontecimiento de los dos caballos encontrados en la calle del Arenal.

—Por todas partes no se hablaba de otra cosa. Se inventaban fábulas, se contaban mil cuentos absurdos; pero la verdad del hecho continuaba siendo un misterio para todos. —Y a ve usted, hasta los periódicos.

Mientras tanto, los criados del general Lostan, los que habían recogido el caballo y habían esperado en vano toda la noche á su amo, no se atrevían á dar tan desagradable noticia á la marquesa, que encerrada en sus habitaciones y acostumbrada á pasar muchos días separada de su esposo, ignoraba tan extraño acontecimiento.

Un hombre se paseaba por la antesala del palacio

de la marquesa del Rádío con las manos cruzadas á la espalda y el rostro taciturno y meditabundo. Aquel hombre podia decirlo todo, porque nada ignoraba; pero antes se hubiera arrancado mil vidas que revelar la verdad sin la autorizacion de su amo. Este hombre era Santiago, el ayuda de cámara del general.

Un pobre anciano llamado señor Jimenez, un verdadero hombre de bien, administrador de las rentas de la señora marquesa del Rádío, entró en la antesala, y viendo al ayuda de cámara del general, se dirigió hacia él y le dijo:

—¿Supongo que usted no ignora lo que ocurre, señor Santiago?

—¿Quiere usted hablarme de la desaparicion del general?

—Pues es claro; porque en verdad, es muy extraño lo que sucede.

—Y tanto.

—Yo creo que seria preciso,—añadió Jimenez,—revelárselo todo á la señora marquesa.

—No habrá otro remedio.

—Ya ve usted, hasta los periódicos se ocupan hoy del acontecimiento; por lo tanto, vale más que lo sepa por nuestro conducto que no que reciba de sopetón una conducta desagradable.

—Sí, sí, dice usted bien; es preciso revelárselo todo,—volvió á decir Santiago con una indiferencia impropia de las circunstancias.

—Vaya, pues voy ahora mismo. Los malos tragos pasarlos pronto. Hasta luego, señor Santiago.

—Vaya usted con Dios, señor Jimenez.

El apoderado de la señora marquesa se dirigió hacia las habitaciones de su ama, pensando que era bastante desagradable dar una mala noticia á una señora tan buena.

Al llegar á la puerta del gabinete de la marquesa, suplicó á una doncella pasara aviso á su ama de que queria verla, y esperó.

Durante aquellos momentos de soledad, el señor Jimenez se fatigaba buscando por todos los rincones de su imaginacion las palabras que debian poner al corriente á la señora marquesa de lo acontecido; pero contra más buscaba ménos encontraba, y un sudor se le iba y otro se le venia, como suele decirse familiarmente.

Por fin, la doncella salió á decirle que su ama le esperaba, y Jimenez entró en el gabinete de la marquesa verdaderamente aturdido.

Doña Beatriz, grave y enlutada como siempre, dejó el libro que tenia en las manos sobre una mesa y fijó una mirada en el anciano.

Aquella mirada queria decirle: «¿Qué se le ocurre á usted?»

Sabido es que el carácter orgulloso y severo de la marquesa no permitia que nadie se familiarizara con ella, y el señor Jimenez, que la habia conocido desde niña y que estaba al servicio de la casa más de cuarenta años, la saludó con profundo respeto inclinando la cabeza, y dijo:

—Señora marquesa, ante todo sentiria haber molestado á vuecencia.

—No, Jimenez, no; usted no me molesta. Pero supongo que tendrá que decirme algo cuando viene á verme tan temprano.

—¡Ah! señora marquesa, lo que me aflige, puede creerlo vucencia, es ser hoy portador de malas nuevas.

—¿Pues qué ocurre?

—Tal vez una desgracia, que tiene consternada á toda la servidumbre de la casa.

—¿Una desgracia? —repitió la marquesa. —¡Mi hija tal vez!

Y doña Beatriz hizo un movimiento para levantarse.

—Tranquilícese vucencia, señora marquesa, tranquilícese vucencia; á la señorita Clotilde no le ha sucedido nada: se trata del señor general.

—¡Ah! ¿y qué le sucede á mi esposo?

—Al presente, aún lo ignoramos todos. Pero tenemos sospechas para creer que de ha sucedido alguna desgracia.

—A ver, señor Jimenez, explíquese usted pronto; ya sabe usted que no me gustan las vacilaciones.

—Lo haré, señora marquesa, lo haré; pero el caso no es para estar tranquilo. Figúrese vucencia que el general salió montado ayer á las tres de la tarde á dar un paseo en compañía del conde de la Fe; y á eso de la una de la noche han traído á casa los agentes de la autoridad el caballo que montaba el marqués. Esto mismo ha sucedido también en casa del señor conde de la Fe: ha aparecido el caballo sin el jinete. El acontecimiento ha puesto en conmoción á toda la policía; pe-

ro esta es la hora, señora marquesa, que nadie sabe aún el paradero del general y del conde.

Doña Beatriz se quedó pensativa; guardó silencio algunos segundos, y luego dijo:

—Señor Jimenez, es preciso que se indague el paradero del general, á quien debe indudablemente haber sucedido alguna desgracia. Ahora le ruego que me deje sola, pues la noticia que acaba de darme me ha impresionado bastante, y necesito unos momentos de reposo. Puede usted retirarse.

El señor Jimenez salió del gabinete de la marquesa, pensando que la infausta nueva había producido menos efecto que él esperaba.

Apenas habrían transcurrido algunos minutos, cuando la doncella de la marquesa entró con una carta que acababa de llegar por el correo interior.

Doña Beatriz reconoció en el sobre la letra de su esposo, y no pudo ménos de estremecerse. Abrió la carta, y se puso á leer en voz baja. Decía así:

«Señora marquesa del Rádío: Cuando estas líneas lleguen á manos de usted, tal vez mi nombre se haya borrado del libro de los vivos; tal vez el que las escribe habrá dejado de existir.

Yo no pido ni una lágrima, ni un recuerdo á mi memoria. Sé que usted me desprecia, que tal vez me aborrece, y conozco al mismo tiempo que le sobran á usted motivos para ello.

»Viva usted, por lo tanto, tranquila y feliz, si es que la felicidad puede encontrarse, una vez perdida, en el mundo.

«Yo no volveré nunca á importunarle con mi presencia; no nos veremos jamás; todo ha concluido entre nosotros. Pero antes de esta despedida eterna, he querido librar á usted de un enemigo terrible, que podria con una imprudente revelacion cubrir su rostro de vergüenza y mi nombre de ignominia. El conde de la Fe ha muerto.

«Si hay un resto de compasion en el alma de usted, señora, sólo le pido que perdone y olvide al desgraciado que le dirige estas líneas.

«Ruego á usted ahora que queme esta carta y que guarde en lo más profundo de su corazon lo que en ella le digo; pues no conviene que la justicia tome parte en este misterio y que revuelva con sus pesquisas nuestros cadáveres, proporcionándole á usted más disgustos sobre los que ya le ha causado el hombre que en mal hora conoció.

«Adios pero siempre,

»PEDRO.»

La marquesa leyó la carta sin derramar ni una sola lágrima; su corazon, á fuerza de sufrir, se hallaba empedernido.

Durante algunos segundos permaneció inmóvil, silenciosa.

De repente extendió el brazo y tiró con fuerza del llamador de la campanilla.

Una doncella se presentó en la puerta.

«Diga usted á Santiago que venga inmediatamente.

Y apenas la doncella hubo salido, volvió á decirse en voz baja:

—Indudablemente, Santiago lo sabe todo: él es el hombre de confianza del general; y aunque me repugna una entrevista con ese cómplice de mi esposo, es preciso que yo le hable; es indispensable que yo sepa la verdad.

—En este instante el ayuda de cámara del general Lostan se presentó en la puerta del gabinete de la marquesa del Rádio.

Donde la marquesa se queda con las mismas dudas

Santiago avanzó un paso, y volvió á detenerse. La marquesa fijó en él una mirada severa, como si pretendiera leer en el fondo de la conciencia de aquel hombre.

Esta mirada no conmovió ni uno solo de los mirlos del rostro del ayuda de cámara, porque Santiago era un hombre que sabía dominar sus impresiones, y tenía un dominio absoluto sobre sí mismo.

—¡Cierro usted esa puerta, porque lo que vamos a hablar es preciso que no lo oiga nadie.

Santiago obedeció, y volvió á colocarse en el mismo sitio.

—Acérquese usted.

Y apenas la doncella hubo salido, volvió á decirse en voz baja:

—Indudablemente, Santiago lo sabe todo: él es el hombre de confianza del general; y aunque me repugna una entrevista con ese cómplice de mi esposo, es preciso que yo le hable; es indispensable que yo sepa la verdad.

—En esta instantánea cámara del general, Lostán se presentó en el gabinete del marqués del Radio.

Donde la marquesa se queda con las mismas dudas

Santiago avanzó un paso, y volvió á detenerse.

La marquesa fijó en él una mirada severa, como si pretendiera leer en el fondo de la conciencia de aquel hombre.

Esta mirada no conmovió ni uno solo de los músculos del rostro del ayuda de cámara, porque Santiago era un hombre que sabia dominar sus impresiones, y tenia un dominio absoluto sobre sí mismo.

—Cierre usted esa puerta, porque lo que vamos á hablar es preciso que no lo oiga nadie.

Santiago obedeció, y volvió á colocarse en el mismo sitio.

—Acérquese usted.

El ayuda de cámara avanzó algunos pasos hasta colocarse al lado de doña Beatriz.

—Acaban de decirme que el caballo de mi esposo el general Lostan, ha vuelto á casa sin su ginete.

—Es verdad, señora.

—Este acontecimiento es muy extraño, porque el general Lostan ha sido siempre un buen caballista, y no es posible creer que el caballo le haya despedido de la silla. Debe, por lo tanto, haberle sucedido alguna desgracia. ¿Sabe usted algo de esa desgracia, Santiago?

—Nada absolutamente, señora marquesa.

—¡Es extraño! Hace mucho tiempo que es usted el hombre de confianza del marqués del Rádio, y yo no puedo creer que usted ignore adónde iban el conde de la Fe y el general Lostan.

—Siento mucho no estar conforme con las apreciaciones de vucencia. El señor general me confiaba, como ayuda de cámara, algunas cosas suyas, pero no todas, señora.

La marquesa se sonrió de un modo frío, demostrando el poco crédito que le inspiraban las palabras del ayuda de cámara. Pero sin alterarse en lo más mínimo y con una frialdad abrumadora, repuso:

—Aunque usted me lo jure con la mano puesta sobre los Evangelios, no daré crédito á sus palabras.

—¡Señora marquesa!...—añadió inclinándose Santiago,—hace algún tiempo que he conocido con profundo dolor, que tengo la desgracia de no inspirar á vucencia ninguna confianza ni ninguna simpatía; y yo, señora, sólo soy un servidor leal, dispuesto siempre

á sacrificarse por sus amos. Mi gratitud hácia el general fué siempre inmensa, y lo será, porque le debo la vida, porque ha sido para mí bueno y generoso, y mi deseo es que se presente alguna ocasion en que pueda dar la existencia por la señora marquesa.

—Agradezco ese ofrecimiento, que raya en el heroismo; pero repito que yo no puedo creer que usted ignore dónde se hallan mi esposo y el conde de la Fe, muertos ó vivos.

La marquesa hizo un gesto de disgusto; aquella terquedad en negar la irritaba, y cogiendo la carta que se hallaba sobre la mesa, añadió:

—Como mi esposo no tenia secretos para usted, y por otra parte le creo á usted un hombre reservado, le diré que acabo de recibir una carta del general Lostan, en la que me envia una despedida eterna. Esa carta sólo usted puede haberla llevado al correo.

—Sí, señora; no quiero negarlo, yo la llevé con otras dos.

—¿Y á quién iban dirigidas?

—La una á la señorita Clotilde; la otra al señorito Daniel.

—Pero al entregarle á usted esas cartas, ¿no le dijo nada, no sospechó usted?

—¡Ah! yo creí advertir, señora marquesa, que algo extraño sucedia al general. Me llamó á las once de la mañana; tenia tres cartas cerradas sobre su mesa, y me dijo: «Santiago, probablemente no volveremos á vernos más; procura que estas tres cartas lleguen á su destino; pero no por tu conducto, sino por el correo inte-

rior.» Luego me encargó eficazmente que dos días después de recibir los interesados las cartas, si él no había vuelto, me trasladara á Horche á entregar al señorito Daniel un pliego cerrado.

—Y ese pliego.

—Lo guardo en mi poder.

—¿Ignora usted lo que contiene?

—Lo ignoro, señora; pero como yo estaba en el gabinete del general cuando escribía las cartas y ví que tenia en la mesa alguna cantidad de billetes de Banco, sospecho si el pliego cerrado contendrá alguna cantidad de papel moneda.

—Sí, es probable. Daniel ha rechazado todas las proposiciones que le hemos hecho. Daniel es pobre, y su padre no puede haberlo olvidado al tomar una extrema resolución.

—Si pasado mañana á las tres de la tarde el general no ha parecido, —dijo Santiago, —espero que la señora marquesa me concederá su permiso para trasladarme á Horche á cumplir las órdenes del general.

Y Doña Beatriz guardó silencio. A pesar de la grave naturalidad de aquel hombre, no podia dar crédito á sus palabras. Era imposible que Santiago no supiese por lo ménos las intenciones del general; pero tambien estaba persuadida, que la gran reserva del ayuda de cámara haria infructuosas todas sus preguntas.

Sin embargo, la situacion de la marquesa era demasiado grave para no intentarlo todo.

—Santiago, —le dijo, —usted ha sido el amigo, el confidente de mi esposo. Usted no ignora todas las

amarguras que he sufrido. Yo, por salvar su honra, he visto pasar uno y otro año colocada en una situación difícil, desagradable, humillante. Hoy el general desaparece, y me deja una abrumadora duda, colocada entre la vida y la muerte. Usted sabe que á nadie tanto como á la marquesa del Rádío le conviene guardar un profundo silencio sobre el pasado. Revelar la infamia inconcebible del general, sería para él la deshonra, para mí la vergüenza. Mi hija Clotilde ha sido el lazo que ha sujetado mi voluntad; por ella lo he sufrido todo. Pero yo necesito saber si el general vive ó ha muerto: si su carta es la despedida de un hombre que huye, ó de un hombre que se dispone á morir. Usted, Santiago, no ignora todo lo que yo deseo saber.

—Señora marquesa...

—Sí, usted lo sabe, y yo en nombre de mi hija y en el mío le ruego que no me oculte nada.

—He dicho todo cuanto sabía.

—¿Se empeña usted en negar?

—Señora, el general Lostán y el conde de la Fe salieron juntos; vucencia sabe cuánto se odiaban. Yo comprendí que se trataba de un duelo á muerte sin testigos; rogué al señor general que me permitiera acompañarle, pero mi petición fué negada. Al tiempo de salir volví á dirigirle mi súplica, y entonces don Pedro, estrechando mi mano y con una entonación que oprimió mi espíritu, me dijo:

»—Santiago, no puedo acceder á tus súplicas; probablemente no nos veremos más. Vela por mi hija, y cumple los encargos que te he dado.

Después salió, y nada más he sabido.

La marquesa comprendió que no arrancaría á aquel hombre la revelacion que deseaba.

Su orgullo no le permitia dirigir más súplicas á un criado. Así es, que aunque contrariada en sus deseos, repuso:

—Está bien, puede usted retirarse.

—Aprovecho esta ocasion para pedir á la señora marquesa me conceda permiso, si el general no parece, para ir pasado mañana á Horche.

—Lo tiene usted.

Santiago se inclinó respetuosamente, y salió de la habitacion.

La marquesa dejó trascurrir algunos minutos. Luego, exhalando un suspiro, murmuró en voz baja:

—Sí; es preciso que yo parta esta noche, que llegue, si es posible, al lado de mi hija antes que la carta del general. La pobre Clotilde ama mucho á su padre, y quiero estar á su lado para consolarla, porque es indudable que Pedro ha puesto fin á su existencia.

Y tirando del llamador de la campanilla, añadió:

—Diga usted al señor Jimenez, mi apoderado, que entre al instante.

Pocos momentos después, se presentaba en el gabinete de la marquesa el señor Jimenez.

—Necesito, señor Jimenez, que desempeñe usted algunas comisiones en el acto.

—Estoy á las órdenes de la señora marquesa.

—Mandaré usted que enganchen un carruaje, y con él se dirigirá usted al juez del distrito á darle cuen-

ta de lo que nos sucede. Luego irá usted á la estacion del ferro-carril del Mediodía á tomar un coche reservado hasta Guadalajara. Ponga usted asimismo un parte al jefe de la estacion de dicho punto, suplicándole que nos tenga buscado un carruaje á la llegada del tren correo para que nos conduzca á Horche. Usted me acompañará. Voy á ver á mi hija. Nada más tengo que encargarle. Diga usted á mi doncella que no recibo á nadie.

El señor Jimenez salió con toda la precipitación que le fué posible á obedecer las órdenes de su ama. —

La marquesa se quedó sola.

LIBRO DOCE

COMO LAS MARIPOSAS

CAPÍTULO PRIMERO

Los temores de una madre

Hemos llegado á un punto donde el autor de este libro encuentra cuatro caminos delante de su pluma; en la imposibilidad de entrar por los cuatro á la vez, será preciso tomar uno, y la dificultad del novelista consiste en saber elegir.

Tenemos á Ernesto de Fontan luchando entre la vida y la muerte en una cama; á Clotilde, Blanca y Daniel en Horche; al general Lostan disfrazado y huyendo de España; á la policía buscando al general Lostan y al conde de la Fe; á Julio de Monforte, disponiéndose para emprender un viaje á Méjico; y á la hermosa Marieta la bailarina ataviándose con todas las galas de la coquetería para producir buen efecto al tío de su amante.

Es preciso, pues, olvidar á unos para ocuparse de

los otros, ó por mejor decir, dedicar todo el presente libro duodécimo, saltando de flor en flor como las mariposas.

Comencemos, pues, por seguir los pasos de Julio de Monforte, que al abandonar la casa de su amigo y protector el duque de San Plácido, se dirigió á la suya resuelto á hablar á su bondadosa madre y á alcanzar de ella el permiso para su viaje á Méjico.

Serian las cuatro de la tarde. Doña Amparo, madre verdaderamente enamorada de sus hijos, se sentia en extremo desazonada con la conducta observada el dia anterior por Julio; porque Julio, contra su costumbre, se habia retirado muy tarde la noche anterior, y como las madres adivinan en el semblante de sus hijos sus penas y sus alegrías, doña Amparo habia notado algun gran disgusto en su hijo.

Por otra parte, Julio no se habia acostado. Al levantarse aquella buena madre al dia siguiente muy temprano, se dirigió como de costumbre al lado de su hijo, pero su hijo ya no estaba.

¿Adónde podia ir á las seis de la mañana? ¿por qué estaba la cama intacta? ¿por qué se habia retirado á las tres de la noche?

Todas estas preguntas se hizo doña Amparo durante el dia, sin que ella misma pudiera contestarse, y su inquietud y malestar aumentaban cada hora que transcurria sin que regresase Julio.

Además, si Blanca no se hubiera encontrado fuera de Madrid, en Horche con su amiga la hija del general Lostan, hubiera podido ser un gran consuelo para

doña Amparo; porque aquella buena madre no ignoraba que Julio tenía más confianza con su hermana Blanca que con ella.

Llegó la hora del almuerzo, y su hijo no pareció. Esto era lo suficientemente grave para que la madre perdiese el apetito.

Doña Amparo no quiso almorzar, y como su inquietud aumentaba con la tardanza de Julio, aunque procuraba distraerse con las faenas de la casa, su imaginación se hallaba verdaderamente preocupada.

Así las cosas, dieron las cuatro de la tarde y llamaron á la puerta.

Doña Amparo corrió á abrir. El corazón le había dicho: «Ese que llama es tu hijo.» Y efectivamente, era Julio, que se arrojó en los brazos de su madre, comprendiendo por la palidez de su semblante el mal rato que le había dado.

—¡Ah gracias á Dios; por fin te veo; ya era hora!

Y aunque Julio se esforzaba por sonreírse, su madre comprendió que algo extraordinario le sucedía, y cogiéndole del brazo le condujo hasta el gabinete.

Una vez allí, le hizo sentar en el sofá, sentóse ella á su lado, y cogiéndole una mano, añadió:

—En vano sería que trataras de ocultármelo; las madres leemos como en un libro en el corazón de los hijos. A tí te sucede algo, y yo tengo un derecho para saberlo todo.

—Pues bien, madre mía, no quiero ocultar á usted nada; sé que lo que voy á decirle la causará á usted un gran dolor y un mar de lágrimas.

Doña Amparo se estremeció.

—No hay hombre sin hombre, madre mia, y yo he encontrado un generoso protector.

—¿Y es eso lo que ha de costarme tantas lágrimas?—preguntó doña Amparo, esforzándose por sonreírse.

—Sí, porque mi protector me ha hecho una proposición que yo no debo desear.

—Habla, habla por Dios, Julio; me estás haciendo sufrir un tormento horrible.

—Madre mia, yo soy joven, y debo pensar en el porvenir. Sujeto á un modesto destino, que no me permite hacer ninguna economía, el día ménos pensado habrá un cambio de ministerio y me dejarán cesante. En España esto es muy frecuente; los empleados del Gobierno nada tienen seguro, y yo deseo adquirirme una vida propia, no depender absolutamente de nadie, asegurar el bienestar de mi madre y de mi hermana, y todo esto puedo realizarlo aceptando las proposiciones que me hace mi ilustre amigo el duque de San Plácido.

—¿Pero qué proposiciones son esas?

—Se reducen á ir á encargarme de unos asuntos, para él de mucha importancia, á un país que está algo lejos de Madrid, á Méjico.

—¿A Méjico? ¿abandonarme? ¡Oh no, Julio, no; no es posible!

—Tenga usted presente, madre mia, que de ese viaje puedo regresar rico.

—¿Y qué me importa á mí ser pobre, con tal de no separarme de tu lado?

—¿No se queda usted con Blanca?

—No, no; quiero teneros á los dos.

Y doña Amparo, como si temiera perder á su hijo, lo estrechó con cariño contra su pecho.

Los ojos de aquella madre, ante la idea de la separacion, se llenaron de lágrimas.

Julio procuró tranquilizarla, continuando de este modo:

—Madre mia, debe usted tener presente que el hombre que siendo pobre no aprovecha la ocasion que se le presenta para enriquecerse, es un mentecato, un imbécil digno de desprecio. ¿Seré yo por ventura el primer hijo de familia que se traslada á América en busca de una fortuna? No. ¿Qué significa una separacion de dos ó tres años, cuando á mi regreso podré decir á mi madre: «tu porvenir y el de tus hijos está asegurado, de nadie dependemos; voy, pues, á rodearte de todas las comodidades apetecidas de la vejez, sin que turbe mis sueños la idea de que lleguen para nosotros largas y dolorosas noches sin pan?»

—Sí, sí, hijo mio; todo eso será muy bueno, pero yo no quiero separarme de tí. Además, en aquellos países se ven expuestos los europeos á multitud de enfermedades.

—Méjico tiene un clima sano.

—¡Pero, Dios mio!... ¿no comprendes que no quiero que te vayas?...

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta ternura, de un modo tan doloroso, que Julio estuvo á punto de desistir de su empeño.

Vaciló un momento; pero pronto se repuso, para volver á insistir con mayor fuerza.

—Madre mia,—la dijo,—es preciso que usted se convenza de que nuestro porvenir estaba en el viaje que tengo proyectado; se me hacen proposiciones que seria una necedad rechazarlas; durante mi ausencia, usted percibirá una pension de cien duros mensuales.

—¿Y para qué quiero yo tanto dinero?...

—El dinero no estorba, madre mia; pero yo le ruego que no me interrumpa. Recibirá usted, como la he dicho, una pension de venticuatro mil reales anuales, que para usted y Blanca bastan, y aun podrán hacer alguna economía.

—¡Por Dios, Julio! No prosigas con tu empeño. ¿Te has propuesto martirizarme?

—Es preciso, madre mia.

—¿Cómo preciso?

—Estoy resuelto á emprender el viaje. La época fatal en que pasamos hambre y frio en una buhardilla no se ha borrado aún de mi memoria; yo recuerdo siempre aquellos dias dolorosos, aquellas noches interminables, en que mi buena madre y mi querida hermana carecian de todo. Soy hombre; el deber me ordena que piense en el porvenir de esos queridos seres, que no tienen en el mundo otro protector que yo, y seria en mí un rasgo de cobardía no emprender un viaje en el que ningun peligro corro, y que puede proporcionarme una modesta fortuna con que hacer frente á las necesidades de la vida. Si yo me fuese á América como se marchan miles de aventureros, sin tener nada seguro,

entonces podía usted calificar mi viaje de temerario; pero yo saldré de Madrid bajo la protección del hombre más noble, más generoso que conozco, dejando antes de partir cubiertas todas las necesidades de mi casa. Yo ruego á usted, por lo tanto, madre mia, que me conceda su autorizacion.

Julio al terminar se quedó mirando á su madre; pero su madre guardaba silencio anegada en llanto.

Aquellas lágrimas le conmovian, pero su resolución era firme.

—Vamos, madre mia, ¿á qué viene ese desconsuelo, á qué vienen esas lágrimas? Mi viaje no debe ser otra cosa que un motivo de alegría: voy á hacer mi fortuna en un negocio seguro; voy á conquistarme esa feliz posicion del hombre independiente, posicion que yo codicio más por usted y por mi hermana, que por mí mismo.

—Pues bien, accedo,—contestó resueltamente doña Amparo,—pero con una condicion.

—Sospecho que esa condicion sea inadmisibile.

—Llévame contigo.

—Eso seria una locura, madre mia.

—Pero y si estás enfermo?

—Cree usted que no encontraré un alma piadosa que me cuide.

—Pero ninguna como tu madre.

—Es verdad; nadie tiene tanto interés como una madre en cuidar á su hijo; pero yo soy jóven, soy fuerte, soy robusto, y debemos confiar en que Dios me concederá la salud, para que pueda en el tiempo más bre-

ve hacer mi fortuna y regresar á España; y entonces ¡oh! ¡qué gran alegría le muestra, cuando despues de dos ó tres años de ausencia volvamos á abrazarnos para no separarnos nunca, y pueda yo presentarme orgulloso de mí mismo en todas partes con la frente levantada, diciendo: «He cumplido con mi deber; he asegurado el porvenir de mi madre y de mi hermana!» ¡Ah! si usted con su negativa me robara esta inmensa satisfacción, este inefable placer, me causaría usted un gran disgusto.

Asediada doña Amparo por las súplicas y razones de su hijo, comenzó á mostrarse ménos esquiva con el proyectado viaje, diciendo por último:

—Pues bien, aplacemos mi consentimiento para cuando llegue tu hermana, y ella decidirá.

Julio no quiso atormentar más á su madre; tenía la completa seguridad de que Blanca, al exponerle las razones que motivaran su viaje, aunque le destrozara el corazón la ausencia de su hermano, no se opondría á ella.

Pensó escribirle aquella misma noche.

Mientras tenia lugar esta escena, el duque de San Plácido, que deseaba tanto como Julio aprovechar el tiempo, escribió una carta á sus parientes de Méjico, concebida en estos términos:

«Probablemente en el próximo correo llegará á esa un jóven llamado Julio de Monforte, á quien quiero como un hermano.

»Es preciso que Julio de Monforte haga una fortuna, por lo ménos de medio millón de reales, en el menor tiempo posible.

»Como esto podria presentar algunas dificultades,
»yo pondré á vuestra disposicion los veinticinco mil
»duros, y vosotros procurareis hacerle ver que los ha
»ganado en los negocios á que le dediqueis. En una
»palabra, el viaje de Julio de Monforte á Méjico no es
»más que un pretexto buscado por mí para que se haga
»rico. Si yo le ofreciera el medio millon de reales, su
»delicadeza no le permitiria aceptarlo, y yo tengo un
»gran interés en que mi recomendado posea por lo me-
»nos la suma indicada.»

La carta continuaba esplayando multitud de con-
sideraciones, que no son del caso referir.

El duque de San Plácido no ignoraba que no todos
los que cruzan el Océano en busca de una fortuna la
encuentran, y disponia admirablemente las cosas para
que las esperanzas de Julio de Monforte no se defrau-
daran.

Esta carta-aviso debia llegar por lo ménos quince
días antes que Julio de Monforte, el cual llevaria otra
para ser reconocido.

Ahora, nuestros lectores pueden seguirnos, si gus-
tan, con su imaginacion al modesto pueblo de Horché.

Sin embargo, el grito de amor escapado del virgi-

CAPÍTULO II

Lo que sucedía en Horche

Mientras tenían lugar los acontecimientos que hemos narrado en los últimos capítulos en la villa del oso y el madroño, allá en el modesto pueblo de Horche, donde tuvo principio esta historia, veían pasar las horas respirando el puro ambiente de las montañas, y poetizando los hermosos sueños de la juventud, Clotilde, Blanca y Daniel.

Clotilde se había propuesto convencer á su hermano de que abandonara aquel destierro; pero Daniel se encontraba tan bien en aquel nido donde había transcurrido su infancia, en aquella casa rodeado de los queridos recuerdos de su madre, que siempre oponía alguna dificultad para acceder á los deseos de su hermana.

Sin embargo, el grito de amor escapado del virgi-

nal pecho de Blanca colocaba á Daniel en situacion distinta.

Por otra parte, Clotilde habia logrado captarse las simpatías y el cariño del anciano médico Samuel, que comprendiendo las poderosas razones que alegaba la hija del general Lostan, no pudo ménos de colocarse á su lado para que se realizaran sus deseos.

Por las noches, cuando las dos jóvenes se retiraban á la modesta habitacion, antes de acostarse mantenian largos é interesantes diálogos, girando siempre con el mismo tema.

Bastará á nuestros lectores oir un trozo de uno de estos diálogos, para comprender á qué altura se encontraban las cosas en el pueblo de Horche.

—Hoy estoy contenta, querida Blanca, muy contenta, porque veo que el corazon de mi hermano se despierta; porque comprendo que el inmenso vacío que le habia causado el dolor, se llenará pronto con las dulces emociones del amor que comienzas á inspirarle.

Blanca al oir estas palabras suspiró.

—¡Ah! no lo dudes; mi hermano te ama, tengo la seguridad de ello. Pero la terquedad de no querer aceptar nada de mi padre, le hace que ese amor no sea tan expansivo como él quisiera, porque con su mano no podría ofrecerte otra cosa que la pobreza. Sin embargo, hoy he comenzado á tocar un resorte, que espero que nos dará grandes resultados.

—¿Y qué resorte es ese, querida Clotilde?

—El doctor Samuel.

—¡Ah!

—Sí, el doctor Samuel, que tanto influye en la voluntad de mi hermano; ese pobre viejo á quien está acostumbrado á respetar y mirar como á su padre; ese buen amigo de la infortunada Angela, que espero ha de hacerle comprender la razon; y cuando llegue este dia, que no está lejano, entonces regresaremos á Madrid, y corre de mi cuenta el adelantar todo lo posible vuestras bodas.

—¡Nuestras bodas!—repitió Blanca, cubriéndose su hermoso semblante de rubor;—tu corazon es tan bueno que todo lo encuentra fácil.

—Ya sabes que soy terca, que no desisto tan fácilmente cuando me propongo una cosa. Además, aunque tú y Daniel me lo ocultais, yo adivino en vuestros ojos que el amor no es extraño á vuestros corazones.

—No pretendo negártelo; ya sabes que le amo con toda mi alma.

—Pues bien; del mismo modo serás correspondida por él. Yo te lo aseguro.

—¿Y si no se realizara tu promesa?

—Se realizará.

—¡Ah! mucho temo, Clotilde, que te engañe tu generoso corazon.

—Pues yo estoy completamente segura de que no me engaña. ¡Qué quieres que haga siempre en este pueblo un jóven que acaba de cumplir veintidos años. El dolor tiene su término, y contando de nuestra parte al doctor Samuel, tengo casi la completa seguridad que se realizarán mis deseos, que como tú no ignoras, se redu-

cen á que Daniel abandone este pueblo y te dé el nombre de esposa.

—Eres tan buena, que todas las noches antes de acostarnos, sin duda para que tenga un hermoso sueño, me hablas de lo mismo; y yo soy tan egoísta, que sabiendo que á tí no te faltan penas, te dejo hablar siempre de mis asuntos, olvidando los tuyos.

—Es que no debes olvidar que una gran parte de mis penas terminarán tan pronto como vea á mi hermano feliz. Yo creo que la felicidad de Daniel consiste en casarse contigo. Pero ya es muy tarde, y como en los pueblos se tiene la buena costumbre de madrugar, vamos á acostarnos; pues ya sabes que por temprano que nos levantamos, siempre al abrir nuestra ventana vemos ya á Daniel en la huerta con su libro en la mano.

—Sí, sí, luego nos trata de perezosas con razon; vamos á dormir.

.
.

A la mañana siguiente, cuando Blanca y Clotilde abandonaron sus lechos, el sol lo iluminaba todo con sus bellos rayos.

Clotilde abrió las maderas de su ventana, y el resplandor del padre del día entró en su habitación.

—Deben ser lo ménos las ocho de la mañana. Hoy sí que hemos estado perezosas.

—Daniel tendrá motivo para reñirnos,—añadió Blanca.

—¡Calla! ¿no le ves?

—¿A quién?

—A mi hermano.

—Sí; pero no está solo.

—Se pasea cogido del brazo del doctor Samuel.

—Y parece que tienen una conversacion muy interesante, muy animada.

—Apostaria cualquiera cosa á que el doctor le está hablando de tí.

—¿De mí?

—No me cabe la menor duda; porque ayer ese honrado viejo me prometió interesarse en nuestro asunto.

—Si al ménos pudiera una oír lo que le dice...

—¡Hola! ¿eres curiosa?

—De las cosas que me interesan, confieso que lo soy.

—Pues bien; esa curiosidad puede satisfacerse.

—¿Cómo?

—Toma, preguntándole yo al doctor qué es lo que ha hablado con mi hermano.

—¿Y si no quiere decírtelo?

—¡Bah! no temas. ¿No ves que ya es nuestro aliado?

—Entonces no queda otro remedio que esperar y tener paciencia.

—Sí, sí, la paciencia es muy recomendable para las muchachas enamoradas,—añadió Clotilde sonriéndose.—Ahora vamos á peinarnos en un instante; pues estoy segura que la buena Mónica, que se levanta antes que asome el alba, estará impaciente por vernos salir y ofrecernos el chocolate.

—Sí, sí, vamos á peinarnos, y luego bajaremos á la

OBRA TERMINADA

LAS FABULAS DE ESOPPO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS
DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.